

Homilía de Su Excelencia Ettore Balestrero, Nuncio Apostólico, en la Ordenación Episcopal de Monseñor Gabriel Ángel Villa Vahos

Santa Rosa de Osos, 26 de julio de 2014

Lecturas:

- Is 61,1-9 El Espíritu del Señor está sobre mí
Sal 88 Cantaré eternamente las misericordias del Señor
2 Cor 4,1-10 Encargados de este ministerio por la misericordia
Jn 10,11-17 El Buen Pastor da su vida por las ovejas

Queridos hermanos y hermanas.
Es para mí un motivo de profundo gozo la celebración de la consagración episcopal de Monseñor Gabriel Ángel Villa Vahos. Diversas concurrencias enmarcan de manera particular la celebración de esta liturgia.



Por
Su Excelencia Ettore Balestrero,
Nuncio Apostólico

En primer lugar, la Iglesia celebra hoy la memoria de San Joaquín y Santa Ana, padres de la Santísima Virgen María. Santa Ana es justamente la patrona de la ciudad de Ocaña y la titular de la Catedral de la Diócesis donde la Providencia le ha llamado a Usted, querido Monseñor Gabriel, a donarse como Pastor en favor de todos.

Esta coincidencia me lleva a una doble consideración. Por una parte, sabemos que la tradición ha visto en Joaquín y Ana el cumplimiento de las palabras del Señor “por sus frutos los conoceréis” (Mt 7,20). En efecto, quienes tuvieron por hija a quien fue la Madre de Dios, la más

santa de las criaturas, han de ser considerados a su vez santos. A ellos, pues, encomendamos su ministerio y todos los fieles, sacerdotes y religiosos que le han sido confiados, para que Usted ofrezca a su vez copiosos frutos en bien de la Iglesia colombiana. Por otra parte, contemplar a Joaquín y a Ana conduce inmediatamente a considerar también a la Santa Virgen María, de quien usted es también especialmente devoto. De hecho, nos encontramos en sábado, día mariano, en la Basílica de Nuestra Señora de las Misericordias porque Usted ha querido confiar su nuevo servicio eclesial a la Madre de Dios.

Quisiera ahora invitarlos a considerar el mensaje central de la Palabra que hemos escuchado. Dicho mensaje coincide también con la advocación mariana que acabamos de mencionar y además con el lema que Usted ha elegido como signo del talante de su tarea como Obispo: “Porque es eterna su misericordia”.

La profecía de Isaías muestra que la efusión del Espíritu que se concede

al mensajero va unida a la unción. En ella puede verse una imagen de la consagración episcopal, la cual es ante todo un don gratuito concedido en orden a una misión. Pero este mensajero es más que un rey y más que un profeta. Su misión, expresada con oraciones finales, que expresan objetivos concretos, se reduce a una doble función como mensajero y como consolador.

quebrantada y restaurar las instituciones desaparecidas.

Esta profecía se cumple en la predicación de Jesús en la Sinagoga de Nazaret, pero también en la actuación de sus apóstoles y sus sucesores, ya que actúan en su nombre y hacen presente en la Iglesia la capitalidad de Cristo. En efecto, en la persona del Obispo, rodeado de sus presbíteros,

ofrece a los creyentes los sacramentos de la fe. Él es quien, por medio del ministerio paterno del Obispo, agrega nuevos miembros a la Iglesia, su cuerpo. Él es quien, valiéndose de la predicación y solicitud pastoral del Obispo, lleva a la grey que le ha sido confiada, a través del peregrinar terreno, a la felicidad eterna.

El Salmo 88, por su parte, es como una respuesta a ese anuncio de consolación. Los términos "misericordia" y "fidelidad" que hemos repetido en el estribillo son atributos firmes porque pertenecen a Dios.

La salvación llega por el encuentro entre la misericordia y la fidelidad que Él mantiene a sus promesas. Es una de las expresiones más bellas de la forma de actuar de Dios que encontramos en



Como mensajero, trae buenas noticias: la redención de los cautivos y la libertad a los prisioneros. Equivale a anunciar un nuevo orden de cosas donde no será necesaria la represión y reinará la concordia y el bienestar. Como consolador, vendar los corazones rotos por la enfermedad o la desgracia, alienta los que lloran y restaura a los que hacen duelo. Se trata de volver a restablecer al pueblo en la dignidad del principio, renovar la Alianza

está presente en la comunidad de los fieles el mismo Jesucristo, Señor y Pontífice eterno. Él es quien, por el ministerio del Obispo anuncia el Evangelio y

la Sagrada Escritura. El recién canonizado Papa San Juan Pablo II, heraldo de la misericordia divina, al respecto explica que "el pueblo de la Antigua Alianza

conoció la miseria del pecado desde los tiempos del Éxodo, cuando levantó el becerro de oro. Sobre este gesto de ruptura de la alianza triunfó el Señor mismo, manifestándose solemnemente a Moisés como 'Dios de ternura y de gracia, lento a la ira y rico en misericordia y fidelidad' (Ex 34,6). Es en esta reve-

que escogió para Sí y, a lo largo de la historia, este pueblo se ha confiado continuamente, tanto en las desgracias como en la toma de conciencia de su pecado, al Dios de las misericordias. Todos los matices del amor se manifiestan en la misericordia del Señor para con los suyos" (Dives in miseri-

epístola. En contraste con los falsos apóstoles, el único objetivo de la predicación de Pablo es la verdad de Jesucristo, sin componendas ni concesiones. Es, pues, Jesús, quien aún en plenitud la verdad y la misericordia. Dice a ese respecto San Atanasio que "ciertamente la verdad y la misericordia se besaron mediante la verdad que trajo al mundo la siempre Virgen Madre de Dios" (Expositiones in Psalmos 84).

Hay un pasaje del Evangelio que considero particularmente elocuente del modo como Jesús ejerce la misericordia unida a la verdad. San Marcos escribe que, estando cerca del lago de Tiberíades, Jesús

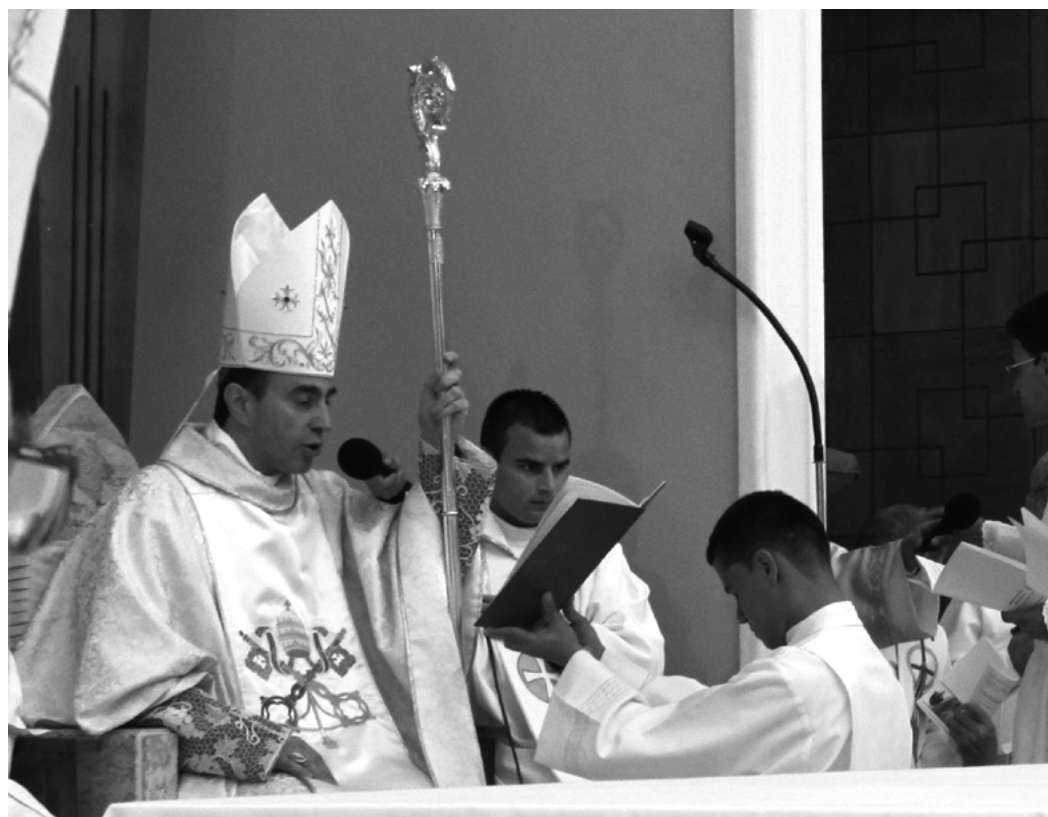
"se puso a enseñarles muchas cosas. Y cuando ya se hizo muy tarde, se acercaron los discípulos y le dijeron: 'Éste es un lugar apartado y ya es muy tarde; despídelos para que vayan a las aldeas y pueblos de alrededor, y compren algo de comer'" (Mc 6, 34-36).

¡Qué misericordiosos son los Apóstoles! El relato da más bien la impresión de que eran en realidad ellos quienes tenían hambre, después de haber escuchado a Jesús largo rato, y querían de algún modo deshacerse de la multitud para comer algo. Ciertamente esto no excluye que también

lación central donde el pueblo elegido y cada uno de sus miembros encontrarán, después de toda culpa, la fuerza y la razón para dirigirse al Señor con el fin de recordarle lo que Él exactamente había revelado de Sí mismo y para implorar su perdón. Y así, tanto en sus hechos como en sus palabras, el Señor ha revelado su misericordia desde los comienzos del pueblo

cordia, 4).

La segunda lectura, por su parte, de algún modo matiza y concreta ese ejercicio de la misericordia: la verdadera misericordia sólo existe unida a la verdad, de lo contrario sería sólo una falsa benevolencia. La sinceridad y la autenticidad del ministerio es, efectivamente, tema recurrente en la primera parte de la



pensaran en el bien de la multitud. Sin embargo lo hacen a su manera. Jesús, en cambio, ve las cosas de un modo muy diverso. “Les respondió: ‘Denles ustedes de comer’” (Mc 6,37). La misericordia de Jesús es en realidad exigente: una solicitud que sobrepasa las posibilidades del hombre. En el fondo es una llamada a la donación total, aún por encima de las previsiones humanas.

Es eso justamente lo que nos dice el Evangelio que hemos escuchado: “El Buen Pastor da la vida por sus ovejas”. Es éste el llamado que Usted, querido Mons. Gabriel Ángel, ha recibido. Es la vocación a un ministerio de misericordia, ejercido en la verdad y que supone la entrega total de la vida por los sacerdotes

y los demás fieles a usted confiados. Esto supone tener a Jesucristo como el único eje de su ministerio episcopal. San Agustín dice, comentando los versículos anteriores al pasaje de San Juan, en los que Cristo se denomina a sí mismo la “puerta de las ovejas”, lo siguiente: “predico a Cristo; si predico otra cosa, intentaré trepar por otra parte. Así pues, Cristo es mi entrada hacia vosotros; por Cristo entro no a vuestras paredes, sino a vuestros corazones. Por Cristo entro, en mí habéis oído gustosamente a Cristo. ¿Por qué habéis oído gustosamente en mí a Cristo? Porque sois ovejas de Cristo, porque habéis sido adquiridos por la sangre de Cristo” (Comentario al Evangelio de Juan 47,2).

Quisiera terminar subrayando esta última frase del Obispo de Hipona: es justamente la sangre de Cristo el precio de su misericordia. Su ministerio episcopal compromete la existencia entera. El itinerario de las lecturas que hemos escuchado comenzó con un anuncio de consolación en Isaías, que se concretó en un llamado a la verdad, según la segunda epístola a los Corintios y que termina por convertirse en el Evangelio en una invitación a la total autodonación.

Que Nuestra Señora de las Misericordias acompañe, proteja y aliente siempre su ministerio episcopal.

Así sea.

